

En el mundo, no del mundo



Medio año después de las protestas mundiales por la invasión anglo-americana de Irak,

las cosas han vuelto a su curso. Nuestro entorno social ya no sale a la calle ni organiza caceroladas para protestar la falta de paz en el mundo. Pero haríamos mal los cristianos en seguir los oleajes de las modas del mundo para decidir si estamos a favor o en contra de algo. Nuestras iglesias estaban a favor de la no violencia antes de que se pu-

siera fugazmente de moda y siguen proclamando la paz aunque el mundo se haya aburrido del tema.

Cuando nuestros líderes políticos insisten que la única manera de hacer desaparecer el terrorismo en el mundo es recurrir a los ataques preventivos, caiga quien caiga, nos corresponde seguir declarando que hay otro camino para superar los conflictos humanos. Frente a la singular crueldad del fenómeno terrorista, esa proclamación no será necesariamente bien recibida. Al fin de cuentas los líderes políticos en democracia no hacen más que dar voz a la opinión más difundida en el pueblo, sabiendo que en ello les va su (re)elección. Sin embargo, lo reciba como lo reciba, el mensaje de paz y reconciliación en Cristo Jesús es un mensaje que el mundo necesita urgentemente oír.

Es curioso que un gobierno como el de España, que ha apoyado tan firmemente el belicismo norteamericano, se encuentre a la vez entre los que más han insistido en que se mencione a Dios y el cristianismo en la futura Constitución Europea. Hay gente que no quiere darse cuenta de que, gracias a la inefable misericordia de Dios, el triste y oscuro pasado de «cristiandad» en Europa ha sido por fin superado, muerto y enterrado Dios quiera que para siempre. Bajo el signo de la cruz este continente europeo sufrió siglos de guerras de todo tipo imaginable y el exterminio de presuntos herejes y de minorías religiosas como los judíos. Cuando las palabras de paz cristiana se combinaron simbióticamente con los hechos de guerras, violencia y crueldad inimaginable, los hechos hablaron más alto que las palabras y Cristo fue crucificado otra vez por aquellos que pretendieron defenderle.

En la humilde opinión de este servidor, no hay nada que tenga menos crédito que la insistencia en mentar a Dios cuando se apoyan las guerras y la violencia. Los guerreros, en todas las religiones y en todas las edades, siempre han promovido la religión para disimular sus actos impíos; pero a algunos, eso ya no nos engaña. En la medida que la futura Europa constitucional proyecte realizar intervenciones militares unificadas, cualquier mención de Dios o del cristianismo no sería más que reincidir en la blasfemia histórica de alabar a quien no se piensa obedecer.

Nuestros hermanos en Norteamérica lo tienen especialmente crudo por el clima de fanatismo bélico y antiterrorista que allí se vive. Es por eso de especial significación un artículo como el que reproducimos en este número: *La buena noticia de la paz*. Aunque está escrito para la reflexión de nuestros hermanos en Estados Unidos, aquí en Europa estas reflexiones también pueden resultar de especial utilidad.

Reseñamos en este número también el reciente libro de Antonio González: *Reinado de Dios e imperio*. El modelo de presencia cristiana que nos propone, en medio de nuestra sociedad atormentada por la injusticia y la violencia, es singularmente inspirador. ¡Ojalá nuestras iglesias vivan siempre con los ojos clavados en la visión del reinado de Dios que se acerca en Jesús!

También guarda relación con todo esto, aunque tal vez a nivel mucho más personal, el artículo sobre **el perdón** que nos ofrece en este número José Luis Suárez, dentro de su serie *Ayudándonos unos a otros*.

—D.B.

También en este número:

La buena noticia de la paz	2
Reinado de Dios e imperio	3
El perdón	5
Noticias de nuestras iglesias	7
Espiritualidad crisiana	8

La buena noticia de la paz

«Sin Jesús no hay paz. Quien conoce a Jesús conocerá la paz.»

Es una teología sencilla, pero que no está nada mal. Los cristianos vivimos reconciliados con Dios y unos con otros gracias a los milagros de la cruz y la resurrección de Jesús. Y somos ministros de esa reconciliación, llamando a todos a vivir en paz con Dios y unos con otros, con enemigos tanto como con amigos. Intentamos vivir en paz con todos e invitamos a otros a unirse a nosotros en obediencia a Jesús.

Nos vemos a nosotros mismos como propiedad especial de Jesús. Aunque no despreciamos otras creencias, sabemos que para nosotros no serían válidas. Somos cristianos, con humildad pero con firmeza. Y es así como decimos que la paz verdadera se encuentra en Jesucristo y en el reino de Dios que se acerca.

En otras palabras, la enseñanza menonita acerca de la paz y de la vida pacífica mana de nuestra cristología, es decir, nuestras convicciones acerca de Jesús: «Sin Jesús no hay paz. Quien conoce a Jesús conocerá la paz.»

Me atrevo a añadir un corolario a esa premisa. Es imposible conocer plenamente a Jesús mientras no abracemos plenamente la paz. Sin paz no hay Jesús. Los verdaderos seguidores de Jesús son pacificadores, porque son hijos de Dios (Mat. 5.9).

Sé que esto nos lleva a un terreno escabroso. Sé que la mayoría de los cristianos no asumen la enseñanza de Jesús acerca de la paz. Es una lástima. Sin embargo la ceguera que impide ser plenamente fieles no es motivo para romper la comunión (mal que pese a Menno). Si lo fuera, ¡cuántas sillas quedarían va-

cías en las iglesias los domingos por la mañana!

Quienes no creen que la enseñanza de Jesús tiene una relevancia específica para la vida contemporánea siguen siendo mis hermanas y hermanos en Cristo. Necesito seguir llamándoles a una mayor fidelidad, así como necesito que ellos lo hagan también conmigo.

No es presunción, no es orgullo sectario, insistir que los seguidores de Jesús deben ser pacificadores. Sé que muchos menonitas temen parecer arrogantes si declaran claramente que creen que ser pacificadores es un componente indispensable del discipulado. Pero no se trata de orgullo. Sólo es claridad y firmeza. Nos mantenemos firmes en nuestra manera de entender la Escritura y lo que nos dice acerca de Jesús. La claridad en nuestro compromiso con la paz no es opcional en nuestra cristología, sino que se encuentra en su más pura esencia.

Lo que estoy diciendo es que es hora de que proclamemos con valor aquello que creemos que es cierto. Que ser pacificadores es una parte

El resto de la Iglesia, especialmente las denominaciones más antiguas, está examinando nuestro testimonio, que les resulta atractivo. Esto sucede justo cuando algunos entre nosotros opinan que deberíamos bajar el tono de nuestra enseñanza a favor de la paz, a fin de no dar ofensa a los cristianos de otras tradiciones.

esencial de la vida cristiana. Que es una de las características que definen, por excelencia, al verdadero discípulo. En este momento tal vez sea el rasgo más importante, uno que define como ningún otro la fidelidad. No cabe duda de que es una contribución buena y necesaria que aportamos los menonitas a la Iglesia cristiana en general.

Y estoy convencido de que el resto de la iglesia necesita y desea que mantengamos sin apocamiento nuestra postura a favor de la paz. El resto de la Iglesia, especialmente las denominaciones más antiguas, está examinando nuestro testimonio, que les resulta atractivo. Esto sucede justo cuando algunos entre nosotros opinan que deberíamos bajar el tono de nuestra enseñanza a favor de la paz, a fin de no dar ofensa a los cristianos de otras tradiciones. Es hora de que proclamemos lo que creemos con mayor claridad que nunca, basándolo sólidamente en las enseñanzas de la Escritura acerca de la persona y la obra de Cristo.

Este temor a parecer arrogantes, a ofender, es un temor moderno o postmoderno. Cuando ese temor nos ayuda a evitar ser insensibles o caer en el desprecio del hermano, bienvenido sea. Está claro que todo lo que hagamos, incluso nuestro se-



guimiento de Jesús como pacificadores, debemos hacerlo con amor.

Pero cuando el temor nos ata las manos y nos hace perder claridad respecto a una enseñanza que se encuentra en la mismísima raíz de nuestra manera de entender a Jesús, ese temor necesita ser echado fuera. Ese temor nos llevaría a una fe aguada, genérica, que no ofende a nadie pero que tampoco llama a nadie a una vida de fidelidad. Sería una fe al gusto de todos precisamente porque no tiene ningún sabor particular. Resultaría dulce, tal vez, pero carecería de nutrientes.

Ha llegado la hora para que emprendamos una enseñanza clara, valiente y llena de amor, acerca de la paz. Esa paz que sólo podemos hallar por medio de Jesucristo. Esa paz en la que hemos de vivir. Esa paz que anunciamos en el nombre de Jesús a todos los que nos rodean. Esa paz que se encuentra en el mismísimo centro del evangelio. Ha llegado la hora de compartir la buena noticia de la paz.

—Ron W. Adams, (© **The Mennonite**, 16 sept. 2003), *traducido por D.B.*

Reseña bibliográfica

Antonio González, *Reinado de Dios e imperio: Ensayo de teología social* (Santander: Sal Terrae, 2003) 414 páginas; ISBN 84-293-1500-4.

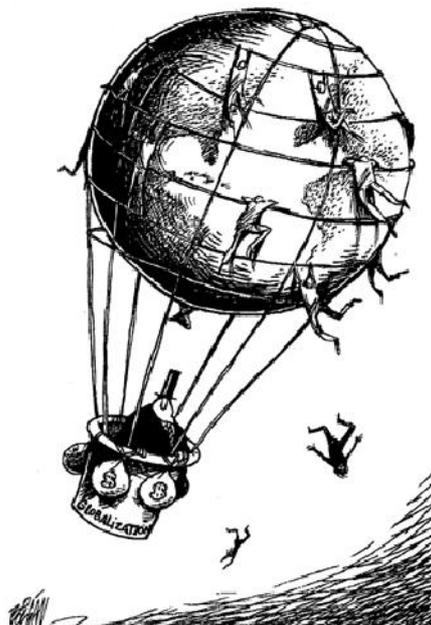
No es nada frecuente que en el entorno de las iglesias servidas por *El Mensajero* se publique un libro. Y es francamente excepcional la aparición de uno como éste escrito por Antonio González, de la Iglesia Hermanos en Cristo de Madrid. Es entonces con enorme gusto que quisiéramos dar a conocer entre nosotros esta obra. Nuestro hermano aborda aquí la ambiciosa labor de conjugar en un mismo tomo (1) un análisis del mundo actual, las causas y efectos de la globalización; (2) un estudio de lo que nos dice la Biblia, empezando desde Génesis y culminando en el Apocalipsis, en cuanto análisis de la condición humana e iniciativa divina de solución o salvación; y (3) una propuesta acerca de cómo ofrecer, *desde abajo*, como redes interconectadas de comunidades cristianas radicalmente comprometidas con Jesucristo y su evangelio, una respuesta a la problemática y violencia del mundo de principios del tercer milenio.

El efecto final es, como lo indica el subtítulo del libro, toda una *teología* de la actividad de Dios en la

sociedad humana. Desde la perspectiva original que nos ofrece aquí González, es posible definir y describir todos aquellos temas que uno esperaría que se trataran en una obra de teología: la naturaleza de Dios, la naturaleza humana, el pecado, la salvación, la fe, la revelación de Dios en Jesús y a través de la Biblia, la iglesia (y su relación con «el mundo»), escatología, ética cristiana, etc., etc.

Carezco de los conocimientos necesarios para juzgar los méritos del análisis de la globalización que nos ofrece aquí González. Esto ha de tenerse en cuenta cuando digo que me parece que su argumentación sobre temas de macroeconomía mundial resulta convincente e iluminadora. Según dicha argumentación, el modelo de sociedad que ha adoptado el mundo entero a finales del pasado siglo XX, tenía que desembocar forzosamente en la actual globalización, con todos sus rasgos negativos.

Piso más sobre seguro al intentar describir y evaluar los esfuerzos de González en el campo de interpretación bíblica y teología. Llama la atención su descripción de aquello que constituye la esencia del pecado de Adán. Hasta cierto punto todo el libro pende de que aceptemos su tesis en este particular, ya que expresiones como «el pecado de Adán» y «la lógica adámica» se multiplican por todo el libro. En síntesis, González enfatiza en el pecado de Adán el concepto del *fruto* del discernimiento del bien y del mal, es decir, la lógica por la que suponemos que nuestras acciones, buenas o malas, han de producir siempre consecuencias predecibles. Vivir calculando esas consecuencias sería entonces lo contrario a vivir por la fe (confiando en la provisión y la soberana misericordia de Dios).



La globalización, según Boligán, en *El Universal*, México

Dicha «lógica adámica» es intrínsecamente insolidaria, ya que según ella, todo mal y todo sufrimiento es en última instancia siempre merecido. De ahí que las riquezas, por ejemplo, sean aceptadas generalmente por las personas religiosas como «bendición» de Dios, a la vez que sobre los pobres recae cierta sospecha de haraganería, incapacidad personal o incluso proclividad al vicio. La lógica adámica es también intrínsecamente violenta, ya que de ella se deduce el derecho y la autoridad de castigar con sufrimientos, incluso con la pena capital. Naturalmente entonces, la lógica adámica estará siempre al servicio del poder, ya que según esa lógica los poderosos, quienes imponen su orden en la sociedad mediante su monopolio de la violencia autorizada, serían *por definición* aquellos en quienes más reposa el beneplácito divino.

La única respuesta profunda y esencialmente cristiana para la sociedad globalizada contemporánea sería, entonces, la que ofrece el modelo de comunidades cristianas que viven, *desde abajo*, a espaldas del poder y la violencia, una solidaridad mutua pletórica de gracia, perdón y reconciliación. Comunidades de fe, donde no se miden las consecuencias sino que se comparte lo esencial para la vida confiando en la mi-

sericordia y la gracia de Dios. Jesús rechazó la tentación del modelo mesiánico monárquico y teocrático que le ofrecía la historia de su etnia judía. Ahora nos tocaría a nosotros volver la espalda a dieciséis siglos de cristianismo colaboracionista con los poderosos de este mundo, para emprender otra vez el camino emprendido por Jesús y los apóstoles.

Coherente hasta las últimas consecuencias con esta visión de cristianismo radical, bíblico, humilde, solidario y profundamente comprometido con el mundo, Antonio González se ha adherido a nuestra comunión abandonando su sacerdocio jesuita y su prestigiosa cátedra de teología en Comillas. Esto jamás debería ser visto con regodeo sectario, sin embargo, porque el cristianismo radical que nos propone *Reinado de Dios e imperio*, bien puede que nos resulte tan incómodo a nosotros como a nuestros hermanos en otras tradiciones cristianas.

[Permítaseme una breve advertencia final. Este libro no es de lectura fácil. Si la lectura de esta reseña te ha resultado un tanto espesa, seguramente el libro también te lo parecerá.]

—D.B.



Una multitud de personas de los cinco continentes asistieron al Congreso Mundial Menonita en Bulawayo, Zimbabwe, agosto 2003.

Según González, la solución cristiana a la problemática de nuestro mundo se encuentra en la red mundial de comunidades de fe y gracia, que renuncian a la lógica del poder y de la violencia y que (como coincide en expresarlo el lema del congreso reciente en Bulawayo, Zimbabwe) «comparten dones en el sufrimiento y en el gozo».

Ayudándonos unos a otros

El perdón (1)

El perdón como medio para curar las heridas de la vida

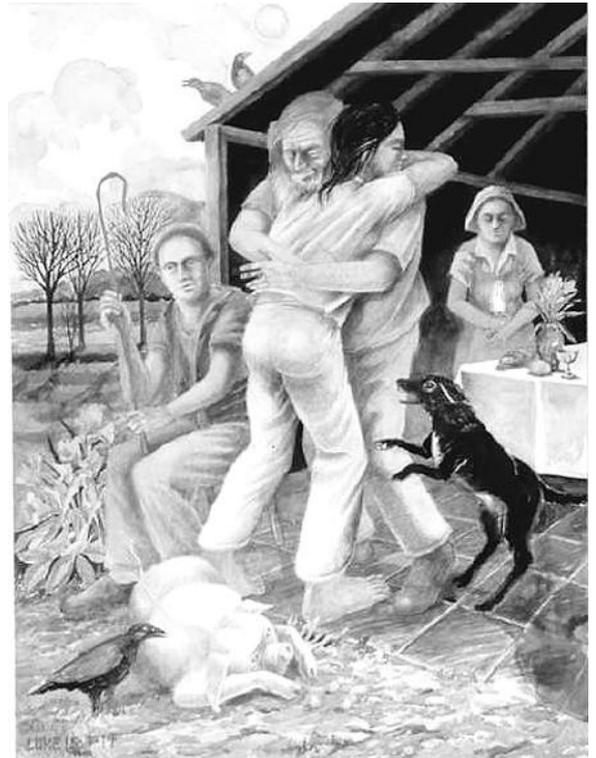
La comunidad cristiana es un lugar donde se experimenta sanidad, una comunidad en la que no sólo experimentamos el perdón de Dios, sino que vivimos perdonando a nuestros hermanos y hermanas.

Es importante tener en cuenta la enseñanza de Jesús en el Padrenuestro donde se nos recuerda que debemos ser personas que perdonamos, como el Padre nos perdona a nosotros. Si no me encuentro con mi hermano para perdonar y ser perdonado, me alejo del Señor y de mi hermano. Si perdono, mi hermano experimenta liberación y yo sigo las enseñanzas de Jesús.

Recordemos, en relación con el tema de ayudarnos unos a otros, que siempre que ayudamos, estamos ayudándonos a nosotros mismos. Es evidente entonces que, al perdonar, estamos liberando al otro de una carga pero también estamos trabajando nuestra capacidad de perdonar, aprendiendo a superar las dificultades que ese acto conlleva. Y como el hecho de perdonar es difícil y complicado, quiero tratar este tema que tiene que ver más con el que ayuda, que con el que recibe la ayuda.

Quiero considerar el perdón como un proceso, o camino que debemos recorrer, en lugar de considerarlo como un acontecimiento, o decisión que ocurre en un momento concreto. Este proceso se parece a la curación de una herida física. Todos sabemos por experiencia, que cuando nos hacemos un corte, la herida no sana de manera instantánea, sino que primero se forman plaquetas, luego un coágulo, después crecen células de piel bajo la protección de la costra y, por último, aparece una piel nueva. El perdón es un proceso del que comenta-

Si no me encuentro con mi hermano para perdonar y ser perdonado, me alejo del Señor y de mi hermano. Si perdono, mi hermano experimenta liberación y yo sigo las enseñanzas de Jesús.



ré en este artículo cuatro etapas. En el próximo número, hablaré de tres aspectos que debemos considerar cuando nos resulta difícil perdonar.

Reconocer que hemos sido heridos.

Este primer paso es obvio. Sin embargo, en ocasiones, reprimimos la ofensa por miedo a enfrentarnos a ella y, por tanto, no queremos aceptar que hemos sido heridos. Reconociendo la herida, admitimos nuestra vulnerabilidad y nuestra limitación para impedir la ofensa. Tengamos razón o no, el admitir la herida es empezar el proceso de curación. Conviene relacionar esta ofensa con otras sufridas en épocas más tempranas de nuestra existencia, y ver la conexión existente para comprobar si la nueva ofensa, ha reabierto heridas no curadas. Siempre debemos recordar que, la mayoría de las veces, el dolor sufrido no es proporcional al mal recibido sino a la sensibilidad de la persona que lo recibe.

Querer perdonar.

Debemos concienciarnos de que el perdón es un acto de libertad y creatividad. Nos hallamos en la zona de la voluntad, y no de los sentimientos. Nos sentimos incapaces de cambiar los sentimientos negativos hacia quien nos ofendió, ya que la herida afectó nuestra imaginación, memoria, afectividad, sistema nervioso, etc... Tenemos una herida abierta que, como una célula cancerosa, crece y afecta a todo nuestro ser. Lo primero a liberar, para deshacernos del dolor, es el acto de voluntad, que dicho sea de paso, es una de las fuerzas más poderosas del ser humano. El hecho de poder perdonar, no es un acto en el que intervenga la memoria ni las emociones, sino que se trata de un asunto de libertad humana y ayuda divina. Cuando nace el deseo de querer perdonar, el perdón ya ha tomado posesión de nuestra vida, aunque perdure el dolor en la memoria y en las emociones.

El poder de la curación divina.

Con los pasos descritos ya hemos realizado todo lo que estaba de nuestra parte. A partir de ahí, la tarea consiste en dejar que Dios, y su poder de curación, actúe en nosotros. El profeta Ezequiel habla de un espíritu nuevo, es decir, un corazón de piedra que será cambiado por uno de carne (Ezequiel 11:19). Nuestro corazón de piedra está formado por nuestros sentimientos negativos, la dureza de nuestras convicciones... Dios modela nuestro barro con sus manos, para modelar un corazón tierno e infundir un nuevo soplo de vida.

¡Cuántas veces me he encontrado con hombres y mujeres destruidos y llenos de traumas, de complejos... incapaces de perdonar, porque en ellos ha muerto la ternura, la confianza y la alegría de vivir! Podemos observar las consecuencias de no poder perdonar en su carácter destructivo, que puede llegar a manifestarse incluso por enfermedades psicosomáticas. En muchas ocasiones, las heridas no curadas se han infectado y con los años se han gangrenado. Cuando se llega a esta situación, es necesario ponernos en manos de otras personas para ayudarnos a encontrar la sanidad divina.

Expresar el perdón a la persona que nos ha ofendido.

La capacidad de perdonar es un don de Dios que debemos comunicar, aún cuando la persona que nos ofendió no esté dispuesta a reconocer el mal que nos hizo. La forma de dar ese paso será el resultado de la oración y del discernimiento. Una de las posibilidades es decirlo por escrito, sobre todo cuando la comunicación verbal resulta difícil, pero siempre sin manifestar ninguna sombra de reproche que pueda humillar al otro.

—José Luis Suárez

Carta desde Benín

Allada, Benín, 6 octubre 2003

«La fe es el acto supremo de la libertad»

—André Felix

Es para nosotros una gran alegría volver a decirnos que ya estamos de vuelta.

Después de tres meses en España donde hemos pasado un tiempo maravilloso en familia, hemos recuperado fuerzas y energía para esta nueva etapa. Durante este tiempo hemos sentido el cariño de nuestros hermanos de Burgos y hemos tenido la posibilidad de visitar iglesias de Valladolid y Madrid donde compartimos acerca de *La Casa Grande Benin*.

Una vez de vuelta en Benín hemos retomado el trabajo teniendo delante de nosotros situaciones difíciles, como hacer frente junto a otras instituciones de intentar socorrer a 116 niños que estaban siendo explotados en las canteras nigerianas como esclavos. *La Casa Grande Benín* tiene la obligación moral de denunciar pacíficamente tal práctica, y hacer lo posible por acabar con la esclavitud infantil en la zona.

Cambiando de tema decir: que Paulin y Esther han comenzado con entusiasmo su primer curso en el instituto bíblico menonita. Los monitores toman ahora tiempo después de nuestra llegada para sus merecidas vacaciones.

El colegio comienza el próximo 13 de Octubre y los niños están contentos con la vuelta a clase.

Una vez más aprovechamos para agradecer a todos los que de una forma u otra hacen posible que este ministerio siga adelante.

Agradecer el apoyo para esta nueva etapa a nuestra iglesia en Burgos. Su comprensión y fe son para nosotros una gran cobertura.

Temas de oración:

- Vuelta al colegio
- Los niños esclavos
- Benín
- Club de barrio
- Monitores
- Familia Castillo

Que Nuestro Señor todopoderoso, autor y consumidor de la fe, os guíe y consuele.

Paco y Annette



Noticias de nuestras iglesias

Colchas de Patchwork

Burgos — Annette y Paco ya han vuelto a Benín. Pero muchas mujeres de Burgos recordaremos siempre lo especial que fue el verano del 2003.

Cada semana nos encontramos en el local para pasar una tarde con Annette. Pudimos escuchar sus historias, disfrutar de su sonrisa, sentir su pasión. Aprendimos unas canciones, unos bailes. Compramos telas africanas, collares hechos por los niños. Queríamos simplemente pasar tiempo con ella. También queríamos ponernos manos a la obra para que llevarsen a los niños de Benín algo diferente desde aquí.

Aprovechamos para aprender todas juntas una técnica nueva de «patchwork», usando papelitos. Juntamos todas nuestros coloridos retales de telas de algodón, aprendimos a coser, algunas, y otras se *picaron* mucho y siempre querían hacer más. Hicimos más de lo que cabía esperar. Gracias a Dios pudimos acabar los cuatro ejemplares de colchas pequeñas que servirán para decorar las paredes de la Casa Grande, pues Annette nos decía que

allí hace tanto calor todo el año que no necesitan mantas.

Fue interesante ver cuánto pudimos conseguir uniendo nuestras fuerzas y cuánta satisfacción nos dio ver los resultados. Resulta fascinante comprobar que un trocito de tela aparentemente inservible puede llegar a ser el centro de atención, como el detalle necesario para dar color y alegría a un esquema. También es bonito comprobar que nada es insignificante, pues trabajado con cariño y unido a otros trozos se pueden hacer verdaderas maravillas. Por último, ¡hay que ver qué bonito quedó nuestro trabajo dentro de los marcos de colores que unían y enmarcaban todo!

Podemos todos recordar que nada en nuestras vidas es inutilizable, que todos somos preciosos para Dios, quien seguirá trabajando nuestras vidas para formar su diseño maravilloso en nuestras vidas e iglesias. Nadie diga que no tiene nada que dar. Por poquito que sea, vamos a unirlo al poco de otro y así, dentro del marco de la iglesia, se va formado algo hermoso para deleite del Señor.

—Connie

Otras noticias

VIGO — Estas últimas semanas nuestros hermanos en Vigo han sufrido un cambio bastante importante. Han dejado el local que tenían en alquiler y se reúnen ahora en una de las dependencias del local de otra de las iglesias evangélicas de la ciudad. Esto significa, entre otros aspectos de cambio, que sus asambleas de culto semanal se celebran ahora los sábados por la tarde y no los domingos por la mañana. Ésta ha sido una decisión difícil pero que ha tenido que ser asumida por todos debido a algunas circunstancias que todos esperan sean superadas en un mínimo de tiempo, aunque previsiblemente este arreglo podría prolongarse uno o dos años. Concretamente, la comunidad necesita crecer numérica y económicamente, hasta la meta de poder pagar con sus diezmos y ofrendas el alquiler o hipoteca de un local propio. Estoy seguro de que nuestros hermanos en Vigo agradecerían las oraciones de todos: Que Dios les ayude a afrontar estos cambios con gozo y con visión, unánimemente, como parte de la provisión de Dios para ellos en

este momento. Que Dios les conceda un testimonio eficaz en la ciudad, que lleve fruto de salvación en vidas convertidas al discipulado de Jesucristo y comprometidas con la iglesia. Que Dios les conceda también los recursos necesarios para su visión de disponer un día, otra vez, de un local con sus propias señas de identidad como iglesia evangélica.

BARCELONA — Intercedamos por nuestros hermanos en Barcelo-



Confesión de fe en perspectiva menonita

Artículo 18. Espiritualidad cristiana

Creemos que quien es discípulo de Jesús goza de vida en el Espíritu. A medida que la vida, muerte y resurrección de Jesucristo nos da forma, vamos creciendo en la imagen de Cristo y en nuestra relación con Dios.

Creemos que quien es discípulo de Jesús goza de vida en el Espíritu. A medida que vivimos en relación con Dios, la vida, muerte y resurrección de Jesucristo nos da forma y vamos creciendo en la imagen de Cristo. El Espíritu Santo está activo en la adoración personal y de la comunidad, llevándonos cada vez más profundamente a la sabiduría de Dios.

Al confesar a Cristo y recibir el bautismo, entramos en una nueva relación con Dios por medio de Cristo. En el amor de

Dios, nuestra vida entera encuentra libertad, transformación, un nuevo orden, renovación. Al amar y conocer a Dios, experimentamos comunión con Dios y permitimos cada vez más que nuestra vida se ajuste al camino de Jesús: su vida, muerte y resurrección. Nos sometemos a Dios, permitiendo que el Espíritu Santo nos moldee a la imagen de Cristo¹. Como cristianos individuales y como iglesia, hemos sido llamados a vivir en relación con Dios, reflejando el camino de Cristo, siendo llenos del Espíritu Santo. Hemos de crecer en todo hacia Cristo, quien es la cabeza de la iglesia, por medio de quien ésta es edificada en amor².

Recibimos de Jesucristo la vida del Espíritu, así como el pámpano recibe de la vid su vida. Separados de la vid, el poder del Espíritu no nos puede llenar. Pero en la medida que ponemos nuestro alojo en Cristo y Cristo se aloja en nosotros, llevamos fruto y llegamos a ser sus discípulos³. Cuando estamos en la presencia del Espíritu, también andamos paso a paso con el Espíritu y manifestamos el fruto del Espíritu en nuestras acciones⁴. Nuestra conducta exterior casa con nuestra vida interior.

Ciertas disciplinas espirituales como la oración, estudiar las Escrituras, meditar en Dios, el culto en comunidad, entonar himnos, la sencillez, el testimonio y el servicio, nos adiestran en piedad⁵. Tales disciplinas nos abren a una relación con Dios que va en aumento y nos ponen más completamente en las manos de Dios. Las disciplinas también son una preparación para tiempos de prueba y de sufrimiento. Si practicamos la presencia de Dios en tiempos más tranquilos, nos resulta más fácil reconocer la presencia de Dios en tiempos difíciles.

Estamos convencidos de que nada nos puede separar del amor de Dios en Cristo Jesús nuestro Señor⁶, porque Dios puede valerse del sufrimiento tanto como del gozo para fomentar nuestro crecimiento espiritual⁷. En esta era, Cristo en nosotros es nuestra esperanza de gloria⁸. Esperamos aquel tiempo cuando nuestro conocimiento parcial de Dios sea completado y veremos cara a cara⁹.

1. 2 Cor. 3.17-18; Fil. 3.21.

2. Ef. 4.15-16.

3. Juan 15.5-8.

4. Sal. 1; Gál. 5.22-26.

5. 1 Tim. 4.7-8.

6. Rom. 8.35-39.

7. Mat. 5.1-12; Sal. 119.67.

8. Col. 1.27.

9. 1 Cor. 13.12.

na, que están pasando una mala racha en temas de salud. Nuestro hermano Emilio González (y su familia) padece las consecuencias de un cáncer inoperable, circunstancia que lógicamente afecta también a toda la comunidad. Además, cada cual por sus propios motivos, en los últimos meses algunos miembros han estado padeciendo bajones en su estado de ánimo, o depresiones. No me cabe duda de que tanto esos hermanos como la comunidad entera agradecerían que en las demás iglesias estuviéramos intercediendo ante Dios para que este período de prueba pase rápidamente.

BURGOS — El fin de semana de 31 octubre-2 noviembre, la Comunidad celebrará su retiro anual. Este año vamos a Carrión de los Condes, en la provincia de Palencia. Seguramente seguiremos centrados en un tema que desde hace algunas semanas está orientando nuestras reuniones y predicaciones: el anhelo de una renovación espiritual interior en cada uno de nuestros miembros y en la Comunidad como tal. A veces, cuando las cosas van bien y no se respira ninguna sensación de crisis, el resultado parecería ser un lento pero paulatino bajar la guardia, donde acabamos perdiendo intensidad y compromiso. Aspiramos a todo: queremos ser una lumbrera espiritual en esta ciudad, un punto de referencia, una bandera de avanzadilla para el reinado de Dios. Pero nuestra realidad no siempre es tan radical. ¡Que sople sobre nosotros el viento del Espíritu de Dios!

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España)

www.menonitas.org

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita por las Iglesias de la AMyHCE.